

|  |           |
|--|-----------|
| <b>CAPÍTULO III. ELEMENTOS ÉTNICOS Y GEOPOLÍTICOS DE NUEVA ES-</b> |           |
| <b>PANA . . . . .</b>  | <b>53</b> |
| 1. <i>Algo de nuestro solar patrio . . . . .</i>                   | 53        |
| 2. <i>La población novohispana . . . . .</i>                       | 57        |

### CAPÍTULO III

## ELEMENTOS ÉTNICOS Y GEOPOLÍTICOS DE NUEVA ESPAÑA

### 1. *Algo de nuestro solar patrio*

Hemos seguido a muy grandes rasgos el desarrollo de la Constitución de los Estados Unidos y visto cómo se conjugan en ella los elementos geográficos, étnicos, históricos y filosóficos de ese pueblo; y no obstante la brevedad de nuestro estudio, podemos apreciar que todo ello forma un proceso rigurosamente lógico. Los principios de la filosofía reinante en la época de la redacción de ese texto, aplicados a los hechos de la formación del mismo y a los hechos de la vida, fueron su causa eficiente. La vida política, bajo el imperio de esa ley suprema, va inevitablemente conduciendo a la situación que algunos de sus autores previeron y que ahora vemos en sus repercusiones mundiales: el éxito más completo en los negocios mundanos, la voluntad del más fuerte imponiéndose al débil, la rendición incondicional de éste, ostensible si es enemigo, solapada si es amigo. La finalidad trascendental del hombre totalmente olvidada hasta parecer una impertinencia pensar en ella, como algo impropio de gente civilizada.

Veamos ahora muy brevemente cuál es la constitución geográfica, étnica y mental del pueblo mexicano, para saber si su llamada constitución política es también el resultado de un proceso lógico de aquellos factores, la consecuencia de sus propias premisas, y de esta forma juzgar si habríamos ganado o perdido si nos hubiéramos dejado llevar por la dialéctica de nuestros propios antecedentes.

La constitución geográfica de México no puede ser más diferente de la de los Estados Unidos desde el tiempo en que éstos le arrebataron a Texas y Nuevo México; el suave lomerío de aquel país, en México se convierte en una serie de serranías, que partiendo de un núcleo en el istmo de Tehuantepec, se bifurca dirigiéndose hacia el norte, una rama por el oriente y otra por el occidente y dejando entre las dos a la Mesa Central, que, salvo en algunas llanuras que

merecen propiamente el nombre de mesa, no es sino un entrecruzamiento de serranías secundarias que se desprenden de las dos principales. Debido a esa configuración montañosa los pocos ríos que recorren el país, aparte de no ser caudalosos, no pueden ser utilizados para la navegación por los grandes declives de sus lechos; de tal manera que, lejos de ser una ayuda a las comunicaciones, son uno de sus obstáculos, vencibles únicamente construyendo puentes o usando barcas para la navegación, no en sentido longitudinal, sino transversal.

La misma configuración montañosa hace difícil e incosteable el comercio de unas partes con otras del país, así como imposible el comercio exterior, a no ser para aquellos efectos que en pequeño volumen, representan gran valor, como los metales preciosos. La geografía, lejos de estimular el comercio, crea un estado mental propicio al aislamiento.

En la época virreinal y mucho después, mientras no se construyeron los ferrocarriles y se usaron los automóviles, cortísimas distancias aislaban a dos poblaciones y sus habitantes permanecían desconociéndose mutuamente. Cada una de ellas procuraba abastecer sus necesidades; éstas, por lo mismo, eran sencillísimas y generalmente se satisfacían con los productos de la agricultura y de la rudimentaria industria local para la habitación, el mobiliario y el vestido. Sólo las gentes más ricas podían usar objetos traídos del extranjero, de la capital de la nación o de algún otro centro en donde se fabricaba algo con mediana perfección. Los productos de la minería, la sal, el cacao y algunos otros efectos semejantes, eran excepción, pues su valor y gran demanda hacían que se vencieran los obstáculos de la naturaleza.

El gobierno virreinal había hecho prodigios para superar las dificultades, construyendo los caminos de Veracruz y de Acapulco a la capital, de ésta hasta Santa Fe de Nuevo México, y a Guadalajara, Tepic y San Blas, en una época en que aún en Europa no se conocía el macadam y en que en los Estados Unidos los viajes en que no se utilizaba la navegación, se hacían abriéndose paso por donde fuera naturalmente posible.

Pero aún así la naturaleza en nuestro país seguía imponiendo a los hombres una mentalidad ajena al comercio y a buscar en el utilitarismo el fin principal de la vida, acostumbrándolos a satisfacer las necesidades con los recursos que estaban a la mano y que los azares de su clima hacían inseguros.

Las ideas que se tenían de otros pueblos eran muy semejantes a las que en Europa se tenían de los pueblos del Oriente en la Alta

Edad Media; la imaginación llenaba aquellos remotos lugares con las cosas más extrañas; a veces exagerando sus riquezas y virtudes; a veces exaltando lo propio, con fantasía carente de dirección real.

Los estudios económicos eran totalmente desconocidos; en la larga lista de los libros que se vendían en las librerías de México en los siglos XVI y XVII<sup>47</sup> no hay ninguno que pudiera sugerir que la rama del saber que se refiere a la producción, distribución y consumo de la riqueza ocupara a nuestros antepasados y los primeros que mostraron dedicación a ellos fueron: don José Gálvez, el segundo conde de Revillagigedo y el obispo electo de Michoacán Abad y Queipo; que son ya de fines del siglo XVIII y principios del XIX y los tres originarios de España.

En cambio en esos mismos inventarios de libreros se encuentra abundante copia de libros de teología, filosofía y derecho, siendo la poesía el género literario más favorecido, es decir aquel que florece más en el aislamiento y la quietud. Por eso, así como en los Estados Unidos se produjeron economistas, haciendo que todos los problemas sociales se plantearan en forma de negocios, entre nosotros sobresalían Alegre, Ruiz de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Navarrete, Landívar y otros muchos que lucían sus habilidades en torneos literarios.

La naturaleza nos había obligado a fomentar dos industrias en grande, la agricultura y la minería.

Pero la agricultura tiene entre nosotros características especiales que han influido poderosamente en la formación de nuestro derecho y que merecerían más detenido estudio del que podemos aquí consagrarles.

El sistema pluviométrico de México hace del negocio del campo un juego de azahar. Los vientos alisios soplan del noreste, arrojando las nubes que se forman en el golfo sobre la barrera de la Sierra Madre Oriental, que les impide pasar al centro de la República, a no ser en el verano, en que su propia ligereza las hace trasponer ese obstáculo; por eso, salvo en el sureste del país en que las lluvias son abundantes, en lo demás la precipitación pluvial es sólo durante los meses de junio a septiembre; pero aun entonces no es regular; a veces escasea en el principio, retardando la siembra, por lo que el grano no alcanza a madurar; en otras, la lluvia es tan constante que no permite las labores; luego, si todo va bien al principio, se levanta el agua al fin y la sequía destruye las plantas o bien una helada prematura acaba con ellas.

<sup>47</sup> Vid., *Boletín del Archivo General de la Nación*, X, pp. 661 y s.

Las siembras de riego son escasas por la falta de ríos o porque los depósitos artificiales son muy costosos, por lo mismo poco abundantes; y el calor propio del trópico, junto con la altura de la Mesa Central, hacen que pronto se evapore el agua que reciben durante las lluvias. El mismo calor del trópico fomenta en la tierra infinidad de hongos e insectos que destruyen las sementeras o las enferman.

Esto ha hecho calcular el promedio de buenas cosechas en un año sobre cinco.

Basándose en estas observaciones, Abad y Queipo hacía notar que el agricultor que contaba sólo con los productos de su finca, si alguna vez la gravaba, jamás podía redimirla, a pesar de que en su época el interés del dinero era el cinco por ciento anual.<sup>48</sup>

La única manera, entonces, de que la finca se saneara, era vendiéndola, generalmente al minero, que realizaba en su industria más sólidas ganancias y ambicionaba invertirlas en el campo, cuya posesión daba al que la tenía prestancia social y confianza en su riqueza.

Ello daba a nuestra agricultura un aspecto sentimental y romántico que no se ha tomado en cuenta y que es valiosísimo, porque él explica el apego a la tierra de los grandes terratenientes, aun cuando ella no produjera utilidad o fuera muy exigua.

Pero la observación es de mayor trascendencia, porque expone el íntimo enlace que en la economía de México tuvieron la minería y la agricultura, y explica por qué, al pasar aquélla a manos de extranjeros, toda esa economía se ha resentido, afectando el conjunto de nuestra vida social.

Otra consecuencia que debemos indicar es la de que lo incierto de la agricultura entre nosotros, ha contribuido a la formación de latifundios, si no es que los ha hecho indispensables, porque el propietario de una pequeña extensión de tierra no puede defenderse contra los años malos, en tanto que el hacendado, por la variedad de cultivos, incluyendo la ganadería, compensaba la pérdida de unos productos con la ganancia que obtenía de otros; aparte de que tenía en general bienes distintos de sus fincas y además disfrutaba de un crédito que le permitía utilizar el promedio de la producción, aun cuando en general se vio siempre reducido a una vida modesta.

Tales son las consecuencias más importantes que se derivan de la naturaleza de nuestro suelo.

<sup>48</sup> *Cfr.*, Abad y Queipo, "Representación a nombre de los labradores y comerciantes de Valladolid", en Mora, José María Luis, *Obras sueltas*, I, pp. 70 y s.

## 2. *La población novohispana*

Si pasamos ahora a estudiar, siempre con suma brevedad, las características de nuestra población, encontraremos nuevas e importantes diferencias que nos separan de los Estados Unidos.

Mientras que allá el plan constantemente seguido fue el de aniquilar o por lo menos rechazar al indio hacia el oeste, el plan del gobierno español fue conservarlo, cristianizarlo y elevarlo económica y culturalmente, protegiéndolo en la posesión de sus tierras, educándolo con el trabajo y el ahorro mediante las cajas de comunidad y las instrucciones que regían en los pueblos de indios; esto, unido a principios religiosos de igualdad, tuvo por resultado la convivencia de dos razas de lo más desemejantes, originándose el nuevo tipo racial del mestizo, a la vez que, aunque en mucho mayor escala y casi reducido a las costas, se tenía al negro y, de su mezcla con las otras dos razas, al mulato y al sambo. Aun en el elemento puro español se distinguían al peninsular y el criollo. Biológicamente el criollo era español de pura sangre, mentalmente era el producto del medio social. El indio en su humildad, su obediencia incondicional, quitando de los hombros del español la carga del trabajo, lo enervaba y lo conquistaba; le quitaba a este segundo la ocasión de conocer y apreciar por sí el aspecto más interesante de la realidad social, que viene del contacto con las necesidades y de la lucha para vencerlas.

Esto explica las vacilaciones de España para confiar al criollo los empleos de alta responsabilidad en los reinos de América, y la tendencia de criollos y mestizos a dejarse llevar por teorías y atracciones con desprecio de la realidad que les era desconocida.

La conquista, con sus episodios heroicos, nos impresiona como el triunfo de una raza superior y no nos deja ver la realidad: el indio conquistando mental y moralmente al español; esto explica la diferencia entre el español peninsular y el criollo y por qué el enemigo de España, el que determinó la separación de México de su antigua metrópoli, no fue el indio, sino el criollo.

Por lo que hace a la convivencia de las razas en Nueva España, se ha exagerado grandemente el odio del indio al español, al criollo y al mestizo y viceversa. Pero precisamente la abundancia de mestizaje está indicando el trato frecuente y familiar que se tenían y se debe aceptar dicha antipatía con muchas reservas. Jamás pudo guardar comparación el odio entre esas razas en México con el que existía entre las diversas clases en Europa, que culminaba en explosiones como las de las Jaquerías en Francia o la guerra de los aldeanos en

Alemania e Inglaterra, en que éstos pasaban a cuchillo o quemaban a los nobles que caían en sus manos e incendiaban sus casas y castillos, dando por resultado que a su vez los nobles mataran a los aldeanos e incendiaran sin piedad sus aldeas. Eso nunca se vio entre nosotros.

La mayor rivalidad existía entre peninsulares y criollos, sin que trascendiera a lo social; era originada por la mayor o menor oportunidad de obtener empleos de gobierno. Los conductores de la guerra de Independencia no fueron indios, y, salvo Morelos, tampoco fueron mestizos; todos fueron criollos y la cuestión de empleos públicos aquí, como la del contrabando en los Estados Unidos, fue la fuerza motriz que los llevó a la revolución.

El carácter del indio, persistente a través del mestizaje, ya sea de la sangre o del espíritu, concurre con las condiciones geográficas para hacer a los hombres imprevisores y descuidados en sus negocios; siendo éste uno de los factores que más trascendió a la vida política en el desarrollo histórico de México, una vez que faltó la dirección económica de España. Y ese mestizaje ha influido también en el afán de adoptar las doctrinas más avanzadas, con las que se decoran nuestros políticos, sin cuidarse de lo bueno y substancial que con ello se pierda. Los pueblos no civilizados desperdician lo útil en beneficio de lo decorativo. Spencer hace notar que los salvajes gastan sus bienes en adquirir colores para tatuarse el rostro más bien que en abrigo contra la intemperie. Construimos un teatro costosísimo, pero nuestros archivos públicos son destruidos o hacinados en oficinas que no ofrecen seguridad ninguna contra los insectos ni contra la rapacidad de los hombres; aniquilamos nuestra agricultura y nuestras tradiciones para ostentarnos como el pueblo más avanzado del mundo, aunque tengamos que importar el auxilio económico de otras naciones.

Si, desde el punto de vista étnico, México tiene gravísimos problemas que resolver, si desea llegar a esa unidad ideal que forma una nación, es indispensable el estudio, lo más completo posible, de los métodos que adoptó España para formar una sociedad en que se vivía armónicamente, en la que reinaba la paz, sin que en más de dos siglos hubiera habido ejército y en que los trastornos pasajeros del orden público no guardaban comparación con las agitaciones que había en otros países de antigua tradición y más homogéneos elementos, y a la vez se formaba el sentimiento nacional y se sentía orgullo de ser mexicano por la conciencia de la propia cultura y la posesión de la riqueza.

Esto nos lleva al estudio de nuestra propia filosofía; no al de las

doctrinas de los eruditos, sino a aquel conjunto de ideas que formaron el concepto de la vida en el pueblo todo, que encarnaron en sus costumbres y en sus leyes.

Santo Tomás definió la filosofía como “el conocimiento de las cosas por sus causas más altas, según la luz natural”, definición en que concurre Spencer; el conocimiento científico es parcialmente unificado; el filosófico forma una unidad total con todas esas unidades parciales. Unificar es elevar y España, al introducir en América y propagar con incansable empeño el catolicismo, dio a todas las naciones bajo su dominio un punto de convergencia en lo espiritual y en las costumbres; y al difundir con igual perseverante esfuerzo el idioma castellano, dio a los pueblos uniformidad en ideas fundamentales. Por algo Antonio de Lebrija había dicho a la reina Isabel: “Siempre la lengua fue compañera del imperio, y de tal manera lo siguió, que juntamente comenzaron, crecieron y florecieron y después junta fue la caída de entrambos.”